

Manuel Chaves Nogales



**Yo, mi Mujer y
mis Hijos**

textos.info
biblioteca digital abierta

Yo, mi Mujer y mis Hijos

Manuel Chaves Nogales

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8667

Título: Yo, mi Mujer y mis Hijos

Autor: Manuel Chaves Nogales

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de septiembre de 2025

Fecha de modificación: 9 de septiembre de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Yo, mi Mujer y mis Hijos

He sido siempre muy poquita cosa; en casa de mis padres me llamaban "Mijita"; en la escuela me zurraban todos los chicos, y no sé cómo había en mi personilla insignificante sitio para que en ella se posasen a un tiempo tantas manos y tantas punteras de zapatos; en el Instituto y en la Universidad tuve que hacer mis estudios dedicando todo un curso a cada asignatura; en la cervecería todos mis amigos cuentan sus libaciones por vasos grandes; yo tengo que contarlas por buches pequeños; en mi casa todos comen con aquella voracidad que las gentes imaginativas atribuyen a los chacales; yo estoy equiparado para estos efectos a la cotorra que distrae los ocios y las malas intenciones de mi señora madre política.

Mi producción corre pareja con mi consumo; en mi larga vida administrativa al servicio del Estado he conseguido despachar hasta cuatro o cinco expedientes; dedicado por afición a las buenas letras he trazado en veinte años unas seis croniqutas, alguna que otra aleluya y hasta cierto soneto sin estrambote, que de no haberme dado él la inmortalidad, ya es difícil que la logre en lo poco de vida que aún me queda.

Y, sin embargo, he aquí un caso bastante extraño. Contraje matrimonio con una señorita lo más honesta que me fue posible encontrar, dada mi falta de recursos, y de entonces acá, transcurridos apenas doce años, mi mujer ha traído al mundo quince chicos, el que más y el que menos más grande que su padre; gordos, robustos, tragones, capaces ellos solos de poblar de nuevo el globo terráqueo si fuere preciso.

La primera vez que mi señora dio de sí, quedé altamente maravillado y orgulloso de mí mismo: aquel cachalote mantecoso, que berreaba apocalíptico, era hijo mío, prolongación de mi personalidad, reproducción —ampliada, por lo visto— de mi mismo ser.

Las reincidencias de mi cónyuge no han tenido solución de continuidad; de tiempo en tiempo, siguiendo unos cálculos infalibles, en los que entra por

mucho la (ilegible) y ciertas señales de los tiempos para mí incomprensibles, mi mujer manifiesta una ostensible aspiración a la esfericidad que se resuelve, después de algunas molestias y no pocos gemidos por su parte, en una inscripción en el Registro Civil. Así hasta quince.

A la satisfacción y el orgullo que mis primeros hijos me produjeron, siguió luego la perplejidad y más tarde la estupefacción. Después medité largamente y terminó asaltándome una terrible duda. No es posible que sean míos todos estos hijos; es una necia presunción, por mi parte, la de creer que todas esas arrobos de carne sonrosada que constituyen mi descendencia, según el mentado Registro Civil, haya salido de la flacidez de mis carnes y lo exiguo de mis huesos. Indudablemente, en esta gran obra de mi prole ha habido una oculta colaboración. Y, ¡caramba!, debían habérmelo dicho. Siquiera para que no me hiciese ilusiones.

Llamé a capítulo a mi mujer; le hice notar lo incomprensiblemente numeroso de mi descendencia, y le expuse mis dudas con toda lealtad y rudeza. Yo me creía capaz de uno o dos de aquellos ballenatos; hasta de tres, fiando exageradamente en mis fuerzas. Pero, ¡de quince!

Mi mujer lo tomó por donde quemaba, y dos gruesas lágrimas rodaron por su cara redonda e infelizota, yendo a caer sobre la decimosexta hinchazón. Con la mano sobre el pecho me juró que todos mis hijos, desde el primero hasta el último, eran absolutamente míos.

Y no tuve más remedio que creerla.

A partir de entonces mis preocupaciones fueron aún mayores; mi buen sentido me decía que aquello no era posible; consulté a infinidad de médicos, que nada me dijeron en definitiva, y me devané los sesos inútilmente. Hubiera preferido la existencia de una colaboración fraudulenta a la impenetrabilidad de aquel misterio. Yo mismo estudié medicina y terminé sumiéndome en las ciencias naturales; la vida vegetal me ofrecía ejemplos consoladores; pero al final venía a la triste conclusión de que, aparte las diferencias cuantitativas de la germinación en cada género o especie, del grano chico o raquítrico, nacía siempre grano chico o raquítrico. Entonces me di a la teología, y estudié detenidamente el misterio de la encarnación. No sin gran trabajo, y gracias a que soy cristiano viejo, pude desechar la hipótesis de una colaboración celestial. Estuve también a dos dedos de hacerme teósofo: era lo único que me faltaba.

Al fin di con la anhelada solución y pude convencerme científicamente, sin la leve sombra de una duda, de que mi mujer era de una fidelidad absoluta, y de que, con arreglo a la lógica y a la naturaleza, todos mis hijos, absolutamente todos, podían ser míos; exclusivamente míos. Pero esta historia se hace ya demasiado larga y debemos dejarla para otro día. Aparte de que la solución es tan clara y tan vieja que, seguramente, todos la habrán adivinado. Si alguien no cae en ella puede consultarme. Públicamente me avergüenzo de mi tardío descubrimiento. Ya dije que siempre había sido muy poquita cosa.

Manuel Chaves Nogales



Manuel Chaves Nogales (Sevilla, 7 de agosto de 1897 - Londres, 8 de mayo de 1944) fue un periodista y escritor español. Como periodista colaboró con numerosos diarios y dirigió también varias cabeceras. Destacó asimismo como autor de diversos libros de carácter biográfico y, sobre todo, crónicas y reportajes viajeros.

Desde muy joven, Manuel Chaves Nogales acompañaba a su padre a la redacción del diario para el que trabajaba, lo que probablemente le indujo

a elegir la carrera de periodista. Tras la prematura muerte de su padre, en el año 1914, Chaves Nogales comenzó a desarrollar diferentes encargos como periodista, al tiempo que concluía sus estudios de Filosofía y Letras. De este modo, a partir de 1918 ejerce como redactor de El Noticiero Sevillano y La Noche. En esta época, Chaves vive un periodo de gran desarrollo urbano y cultural, en su ciudad natal, donde surge con fuerza el regionalismo, y comienza la construcción de la Exposición Iberoamericana de 1929. En medio de este ambiente, Chaves publica en 1920 su primer libro, La ciudad, donde realiza una interesante narración sobre Sevilla y su idiosincrasia. En 1922, Chaves Nogales se traslada a Madrid, para proseguir con su carrera periodística. Allí comienza a trabajar en El Heraldo de Madrid -del que llegará a ser redactor jefe-, coincidiendo en la redacción con César González Ruano, así como en la revista Estampa. En 1927, Chaves gana el más prestigioso de los galardones del periodismo español, el Premio Mariano de Cavia, con el reportaje La llegada de Ruth Elder a Madrid, la primera mujer que cruzó en solitario el Atlántico en avión. Su interés por las nuevas conquistas de la aviación le lleva a embarcarse, el mismo, en una serie de viajes por Europa y la recién creada Unión Soviética, que recogerá en La vuelta al mundo en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja (1929). De este modo, Chaves comienza lo que puede considerarse como su tetralogía rusa. Tres obras a través de las cuales esboza la inmensa convulsión que supuso la revolución bolchevique. La segunda de estas obras es La bolchevique enamorada, una novela corta publicada en 1930, reeditada en 2015 por Espuela de Plata. El último título, y tal vez el más conmovedor, fue publicado en 1931 bajo el título de Lo que ha quedado del Imperio de los Zares. En este libro Chaves recoge cual ha sido el destino de los rusos blancos en el exilio. La sensación de paraíso perdido de todos aquellos príncipes, grandes duquesas que poblaban la corte de los zares, la vida miserable en pensiones y asilos de los grandes generales, y la distinta fortuna de empresarios, artistas jerarcas de la iglesia ortodoxa. Finalmente en 1934 publicará, El maestro Juan Martínez que estaba allí.

Con la llegada de la república, Manuel Chaves Nogales se convirtió en director. Ahora, un diario republicano de centro izquierda, próximo al azañismo, que se encontraba entre los más importantes de España. Chaves Nogales, articuló toda una red de reporteros a escala internacional, y se desplazó el mismo por Europa para entrevistar a las grandes personalidades de aquel tiempo, desde Goebbels y Churchill a Chevalier y Chaplin. En 1935, publica su obra más famosa, Juan Belmonte, matador de toros, su vida y sus hazañas, considerado como

uno de los mejores libros de tema taurinos que se han escrito. Al estallar la Guerra Civil, Manuel Chaves Nogales se puso al servicio de la República, de acuerdo con sus ideales democráticos y republicanos, lo cual dejó reflejado en numerosos artículos y editoriales. Sin embargo conforme va avanzando el conflicto, su situación personal y profesional se vuelve más complicada. El diario Ahora, que dirigía, es colectivizado, y él destituido como director, lo que finalmente le decide a abandonar la capital junto al gobierno, en noviembre de 1936. Se desconoce, si en algún momento regresa a Madrid, pero sin duda mantiene contacto con numerosos informadores civiles y militares, miembros de la Junta de Defensa de Madrid, lo que le permite escribir en 1938 una serie de crónicas periodísticas sobre la lucha contra el sitio de Madrid, y el papel del general Miaja, recopilados por Espuela de Plata en el libro La defensa de Madrid.